

J. SILVA S.

B. PARRA A.

NOCIONES PARA UNA POLITICA DEMOCRATA CRISTIANA



A P E N D I C E
BREVE DICCIONARIO POLITICO

—
SANTIAGO

1957

CAPITULO I

CONCEPTOS BASICOS

¿QUE ES LA DEMOCRACIA CRISTIANA?

Es un partido político que responde a una doble vocación: vocación cristiana y vocación popular.

Vocación cristiana significa que el Partido se nutre de la cultura, el pensamiento y los valores cristianos. Las grandes conquistas del hombre en el pasado están ligadas a las energías cristianas que desataron en el espíritu humano el sentido del progreso, del esfuerzo por ganar una vida mejor, de la esperanza de realizar las grandes aspiraciones del hombre a la justicia, la libertad, la paz, el amor.

En este orden se establece la diferencia substantiva entre la Democracia cristiana y los otros partidos populares o de izquierda y en especial de los marxistas, ya que mientras estos profesan una filosofía materialista, la Democracia Cristiana se sitúa en la línea del espiritualismo cristiano.

Vocación popular significa la firme decisión de ir al pueblo y existir políticamente junto al pueblo. No se trata de socorrer a los pobres, llevándoles algunos alimentos o asistencia, o simplemente de mejorarles su nivel de vida. Se trata de comprometerse en el movimiento popular militante, combatiente, en sus luchas, en sus sindicatos y demás organizaciones; en una palabra, de promover el ascenso histórico de las masas trabajadoras tomando parte activa en él.

Aquí reside nuestra diferencia con la Derecha. La gente de derecha no comprende la magnitud y necesidad de este movimiento popular y a menudo no sabe otra cosa que pedir la re-

Nota: Nuestro propósito ha sido exponer ciertas nociones básicas de la Democracia Cristiana tal como las apreciamos nosotros. Muchas de ellas, por supuesto, fueron expuestas antes por otras personas y todas, sin duda, pertenecen a un acervo que se ha ido elaborando en común por mucha gente. Aquí tratamos solamente de ordenarlas y presentarlas de la manera más sencilla posible. De todos modos no pretendemos dar a este trabajo un carácter definitivo ni menos oficial. Es una contribución hecha bajo nuestra sola responsabilidad.

Los autores.

presión policial contra él. Cuando llegan a demostrar interés por el pueblo lo hacen de una manera paternalista como quien atiende a un menor de edad. Permanecen de hecho ajenos a las expresiones y organizaciones propias del movimiento obrero y popular. De ahí que nos encontremos situados en perspectivas enteramente diferentes, y más aún, opuestas con la Derecha.

¿QUE ES EL PUEBLO?

El pueblo es la comunidad de los no privilegiados, es la comunidad centrada sobre el trabajo manual; la comunidad constituida por la masa del trabajo manual, obrero y campesino, y por los diversos elementos que moral y socialmente son solidarios de ella. Es, por lo tanto, el conjunto formado por los trabajadores en general, no sólo manuales sino también intelectuales (al menos una gran parte de éstos últimos, y por aquellos que sin quedar comprendidos en la categoría de trabajadores (tales como burgueses, profesionales libres, etc.) se unen al pueblo movidos por una probada solidaridad moral hacia él. (1)

¿EN QUE SE FUNDA NUESTRA ORIENTACION POPULAR?

Tiene muchos fundamentos. En primer lugar fué el pueblo a quien amó Jesucristo y a quien fué llevado el Evangelio. Que los pobres sean evangelizados, es la consigna de Jesús. Lo que el vocabulario santo llama tubas, las que entonces seguían a Cristo, son las masas de hoy. En segundo lugar, desde el punto de vista moral y social, es en el pueblo, pese a sus males, y desviaciones donde está la gran reserva de vida auténtica, espontánea, de anti farisatismo. Es en el pueblo, en la masa humana, donde prevalece la generosidad del espíritu sobre el espíritu de cálculo, de artificio, de egoísmo. Por último, en la actual etapa de la historia del mundo, el pueblo es, también, en su mismo movimiento de crecimiento y ascenso hacia una nueva edad de la civilización más allá del capitalismo, la base insustituible, la reserva carnal, de donde saldrá la nueva civilización. (2)

(1) y (2). Ver *Madraza, Baxón y otros* etc.

Los Papas han reclamado de los cristianos la redención del proletariado. Y es trabajando dentro del movimiento proletario como ha de cumplirse esta misión ya que de ahí saldrá la redención o emancipación proletaria.

Aún más, un partido democrata cristiano, empieza a practicar en el mismo, en su propia vida y organización, las ideas que propicia. En la realización de una política popular el pueblo mismo no puede estar ausente. Así, la dirección de un Partido no está en manos sólo de hombres de la clase intelectual, sino que los hombres de la clase obrera tienen allí un enorme papel que desempeñar. Un partido democrata cristiano que no comprende estas cosas no para de ser un ensayo inútil y sin sentido. La presencia creciente de los obreros en el cuerpo y la representación del Partido es una exigencia ineludible de una política democrata cristiana creadora. (1)

¿CÓMO ENTENDEMOS EL RÉGIMEN DEMOCRÁTICO?

La democracia es la afirmación fundamental de la democracia cristiana. Es la condición misma de las restantes afirmaciones. De ahí que nuestro Partido luche, en primer lugar, por la democracia. Entendemos la democracia en un sentido pluralista, o sea, basada en el principio de la igualdad de derechos para todos los ciudadanos y grupos sociales. Para nosotros no hay sectores, clases sociales, o partidos políticos que merezcan ser excluidos de la vida democrática. Queremos la democracia para todos. Para todos los hombres, para todas las ideas, para todas las clases. No hay menores de edad en la estructura social de nuestro tiempo que no puedan expresarse por sus propios medios y que no tenga derecho a participar plenamente de las libertades democráticas. Democracia sin discriminaciones de ningún tipo: ni religiosas, ni raciales, ni políticas, ni de clase. Democracia amplia, representativa, con Autoridades y Parlamento generados por el sufragio popular, con libertad de prensa, con libertad para la organización sindical, con libertad para las organizaciones políticas. He aquí un primer postulado, sustantivo para la democracia cristiana, en particular para la democracia cristiana en América Latina. (2)

(1) Ver G. J. Franceschi, págs. 18-19 P. y E. n. 147.

(2) Ver R. A. Guzmán, págs. 13 P. y E. 149.

¿TIENE ENEMIGOS LA DEMOCRACIA?

Se dice, y es verdad, que la democracia tiene sus enemigos y que debe defenderse de ellos. Debe defenderse, en efecto, de las pretensiones totalitarias que provengan ya de la derecha, ya de la izquierda, y que tienden a destruir las bases mismas de la convivencia democrática. Pero la democracia no puede defenderse de los totalitarismos mediante métodos totalitarios. Si establece la dictadura sobre un grupo, si decata la persecución o la coacción en cualquiera de sus formas, si promueve un clima de sospecha, de delación sistemática, aún cuando se pretenda que todo esto se hace para prevenir el triunfo de tal o cual totalitarismo, la democracia se estará arruinando a sí misma al traicionar su propia esencia. Las democracias y las dictaduras no son otra cosa que un conjunto de métodos sociales absolutamente opuestos entre sí. De ahí que si una democracia adopta, con el propósito de defenderse, los métodos de la dictadura, está lisa y llanamente dejando de ser democracia y pasando a ser dictadura. Ha perdido entonces, por su propia acción, lo que pretendía defender. En suma, no tiene justificación que la democracia se niegue o destruya hoy para evitar que la destruyan mañana; que se suicide por temor a que la maten.

La experiencia reiterada de la historia de los últimos tiempos revela que los sistemas totalitarios han podido triunfar allí donde no existen las prácticas de la democracia, donde no había tradición democrática, o bien allí donde la democracia se había dejado corromper al adoptar métodos de dictadura. No hay mejor defensa de la democracia que la vigencia plena de la democracia misma.

¿COMO SE DEFIENDE LA DEMOCRACIA?

La democracia se defiende apelando al pueblo, educándolo en la práctica honesta de las ideas democráticas, abriéndose al progreso social, económico y cultural que el pueblo reclama, abriendo más y más la democracia al pueblo mismo, venciendo el temor a las masas y confiando más en ellas, denunciando, por último, los actos totalitarios y oponiéndoles una firme acción política. En una democracia que de verdad se pone en práctica su credo, los gérmenes totalitarios terminan por perder su virulencia y aún por disolverse del todo.

La tentación en que algunos incurren de armar a la democracia con los métodos de la dictadura para defenderse del comunismo confirma lo que hemos expuesto. En efecto, la mayoría de las brutales dictaduras que aplastan a los pueblos de América Latina se lesudan tras el pretexto falso de defender a la "democracia" del comunismo. Todos saben, es claro, que allí no hay ya democracia que defender puesto que sólo hay dictadura y de la peor clase. Por otro lado, donde el comunismo ha logrado sus victorias más sólidas es allí donde fué más violentamente perseguido y donde por muchos años se le aplicó la dictadura más implacable. Basta, al respecto, citar los ejemplos de Rusia y China.

Toda sociedad humana requiere todavía de leyes penales para reprimir al delincuente. Las leyes penales son leyes repressivas y entre los delitos no es posible omitir la sedición, el complot, la subversión y demás formas de este tipo de delincuencia. Un Código Penal es aún imprescindible para la convivencia humana.

Pero, de acuerdo con las razones ya expuestas, la democracia cristiana es contraria a las leyes represivas de carácter político que, como se ha dicho, debilitan y destruyen a la democracia. De ahí nuestra oposición a las famosas leyes de Seguridad Interior, tan frecuentes en América Latina, a los Estados de Sitio, a los Estados de Guerra Interior, a las leyes de facultades extraordinarias de orden represivo, etc. De ahí que la Democracia Cristiana Chilena haya votado en contra de la ley de Defensa de la Democracia, contra la cual ha seguido manteniendo una permanente actitud de crítica y rechazo. Tal como lo advirtió nuestro partido, esta ley, en la práctica, ha servido no sólo para reprimir al comunismo, sino también, al pueblo entero, en su conjunto, y en especial al movimiento sindical. Y es claro que la persecución al pueblo jamás podrá ser la forma adecuada de defender a la democracia.

¿QUE HACER FRENTE AL COMUNISMO?

Muchos tienden a resolver el problema comunista por medio de la fuerza. Al menos así proceden en la práctica. El comunismo, para ellos, es un "mal social" que debe ser prohibido y reprimido en cualquier forma. A los comunistas, desde luego, hay

que aislarlos, negarles sus derechos políticos, dejarlos fuera de la ley. Si, pese a lo anterior, se hace necesario el campo de concentración, que venga. Si es necesaria la dictadura, que venga. Todo merece ser inmolado ante el altar del anticomunismo. Esta gente siempre está muy susceptible y nerviosa a causa de la "infiltración" comunista. En todas partes ven la infiltración, la mano, la maniobra del comunismo. Cualquier manifestación combativa del pueblo la motejan de comunista. Todo izquierdismo resuelto les resulta sospechoso. Basta, por otra parte, que los comunistas participen en un movimiento sindical o político para que de inmediato aseguren que los comunistas son los que "controlan" el movimiento y que los demás, incluso los católicos que allí están, les hacen el juego a los comunistas.

En el fondo, quienes sostienen esta posición, no lo hacen tanto por resistencia al comunismo sino en general al movimiento obrero. Es, en efecto, desde los comandos del gran capital internacional donde salen la fuerza y la propaganda que sirve a estas tendencias. A ellos no les conviene, o no ven la necesidad, de ningún cambio social profundo y en la protesta popular sólo advierten la acción perturbadora del comunismo y sus amigos. En lo inmediato, conforme a sus intereses y convicciones, no tienen, pues, nada mejor que oponer al comunismo que la fuerza.

Es claro que la solución de fuerza llevada hasta sus últimas consecuencias, en el plano internacional, no tiene otra salida, que la guerra mundial contra Rusia. De ahí que el anticomunismo extremo haya propiciado abierta o veladamente una política de guerra y aún la guerra misma. Tan "halagadora" perspectiva no pudo, por supuesto, ganarse la voluntad de la humanidad común.

Al presente ya es posible advertir demostraciones claras de que esta política está derrotada y que incluso parece venir de vuelta en el propio ánimo de algunos de sus más importantes sostenedores. Los años próximos, según creemos, han de confirmar este hecho.

¿ES POSIBLE UNA POLITICA MAS POSITIVA?

En general, los demócratas cristianos han insistido en otra perspectiva para abordar el problema comunista. Es una pers-

positiva que en buena medida corresponde a la que por fuerza de los hechos empieza a abrirse paso en el mundo. Ella empieza por llamar la atención acerca de un hecho fundamental de nuestros días: el proceso histórico del ascenso del pueblo obrero y campesino (y de los pueblos de las naciones coloniales y dependientes) que reivindican para sí la plena condición humana; ellos exigen que se les incorpore a la civilización económica, política y cultural; chocan inevitablemente con las estructuras capitalistas e imperialistas porque éstas se demuestran incapaces de resolverles sus problemas mínimos: la vivienda; el alimento; la seguridad del trabajo; la escuela; el atraso increíble de continentes enteros. Ven que en el estado de progreso técnico actual sería posible avanzar con rapidez mejorando las condiciones de vida y el desarrollo económico, lo que de hecho no ocurre, mientras que la miseria se extiende y crece.

La aspiración del proletariado no es vana. Es el honor de la humanidad que sufre, torturada por sus contradicciones, demasiado rica y demasiado pobre a la vez... El mundo está como dislocado, incapaz de recuperar su unidad. El proletariado que cada día paga por todo esto con su miseria, aspira a la justicia, a la seguridad, a la disminución del tiempo del trabajo, a la posesión de los descansos, a la habitación sana, a la ciudad feliz. Hay que ser ciego para no ver este gran movimiento que se dice de rebeldía y que no es otra cosa que vida... El pueblo quiere su parte de sol sobre los caminos y en la espesura, quiere su parte de riquezas, de tranquilidad, de cultura, de plenitud. Tiene razón y los que lo desprecian o ignoran se apartan del reino de la justicia y de la vida... Nada podrá detener este advenimiento del proletariado. (1).

¿COMO SE EXPLICA EL COMUNISMO?

Es en la entraña misma de este proceso histórico de que hemos hablado donde el comunismo ha nacido. Sus triunfos en una parte considerable de la tierra, en una cantidad apreciable de conciencias, en contingentes tan imponentes como venos de las clases populares del occidente, no pueden ser explicados sólo por la acción del Demonio sobre el mundo o porque los comunistas no han observado el principio de la licitud de los medios.

(1) Lebrat. Var P. y E. pág. n. 127.

En verdad, los medios que se han opuesto contra el comunismo no han sido, precisamente, los "medios pobres" del evangelio; han sido tan inmorales o tan morales como los que el propio comunismo emplea. Ni más, ni menos. Es una ilusión farléica explicar los triunfos comunistas en razón de que su moral les permite poner en práctica aquella regla de que "el fin justifica los medios", mientras sus escrupulosos adversarios, fieles a su ética civilizada, no practicarían semejante regla. No hay aquí ni una pizca de objetividad.

Los triunfos del comunismo se explican, en definitiva, porque ha sabido, en cierta forma, expresar y resolver en la teoría y en la práctica, las hondas necesidades históricas representadas en el ascenso social y nacional de los pueblos. Posee a sus males y errores, que no han sido pocos; ha sabido trabajar en la línea de una comprensión profunda del sentido de nuestra época y de las posibilidades que encierra. Una penetración muy cabal de esta circunstancia llevó al Cardenal Suhard, el ilustre promotor de los sacerdotes obreros, a sostener esta tesis: Para los católicos se trata menos de oponerse al comunismo que de sobrepasarlo en el propio terreno que éste ha elegido: el de la transformación de las estructuras.

¿CUAL ES NUESTRA POSICION?

Nuestra posición se sitúa en el camino que fija esta tesis. Ella comienza por mostrar críticamente que en el plano filosófico, de las concepciones generales, nuestra distancia del comunismo es la que separa al espiritualismo del materialismo. Luego, no entrega el movimiento popular a la hegemonía del comunismo ya que éste tiende a establecer sistemas de tipo totalitario como el soviético o el de democracia popular. No escatima la crítica a los comunistas cada vez que se produce una discrepancia concreta. En suma, no es una línea comunizante, pero tiene clara conciencia de que sólo puede realizarse trabajando con el pueblo y dentro de las filas del pueblo. No está dominada por el pánico ni por la obsesión pro o anti comunista. Comprende, tal como se ha expuesto, el significado del comunismo. Sabe que en la práctica es una parte activa del pueblo. No todo el pueblo. Una parte. A veces grande y organizada. Otras, no tanto. Otras, mucho menos. La experien-

cia misma de la lucha popular aconseja liberarse de los dogmas: ni colaboración sistemática, ni oposición sistemática frente al comunismo. Debe prevalecer el análisis de la situación concreta. Algunas veces se coincidirá. Otras, no. Se podrá coincidir durante largos periodos o discrepar durante largos periodos. Se podrá coincidir (o discrepar) en todas las cosas o en algunas. En ciertos casos la colaboración podrá ser imperiosa, si se trata por ejemplo, de aunar fuerzas en defensa de una libertad o de un derecho fundamental amenazados.

Los que hacen política des fuera del pueblo, al margen del movimiento popular, tachan de pro comunismo cualquier contacto con los comunistas. Hay que perderle el miedo a esta torpe acusación. Es elemental comprender que los prejuicios de tales críticos sólo pueden ser satisfechos al precio de inhibir todo intento serio de trabajar dentro del movimiento político y sindical del pueblo. "En el movimiento obrero es posible la oposición al comunismo, pero no se puede hacer anticomunismo". (2)

¿QUE REPRESENTA EL MOVIMIENTO SINDICAL?

La Democracia Cristiana impulsa en toda forma el movimiento sindical de los trabajadores intelectuales y manuales, de obreros, empleados y campesinos. Sostiene que el derecho a organizarse en sindicatos es indiscutible, del que no puede privarse, en nuestros días, a ningún sector del trabajo humano.

Vivimos en una época que se caracteriza por el ascenso de las clases trabajadoras en el plano social, político y cultural. El sindicato es el instrumento más valioso de este ascenso.

Para los trabajadores, el sindicato representa, en el primer término, el medio más eficaz de defensa y progreso de sus condiciones de existencia. Como forjador y organizador de la conciencia obrera y del movimiento social es, además, un instrumento formidable de la lucha general por la emancipación de los trabajadores que sólo podrá tener lugar, en definitiva, en una estructura social que deje atrás los moldes clásicos del capitalismo.

(2) Mons. Ancel. "El Movimiento Obrero. pag. 22.

La Democracia Cristiana lucha, pues, por el más amplio reconocimiento de los derechos sindicales a todos los trabajadores de la ciudad y del campo.

Lucha, también, porque el movimiento sindical se asiente en bases de la más estricta convivencia democrática, sin prepotencias, sectarismos, ni discriminaciones de ningún orden. El movimiento sindical es un movimiento democrático que no depende sino de la masa de los trabajadores que en él participan. Se ha de rechazar, por tanto, todo control del Estado, partidista, o patronal, que se establezca en cualquier forma sobre la organización sindical.

El sindicalismo es una escuela de democracia. Unidos por sus intereses fundamentales conviven hombres de muy diversas tendencias en lo referente a ideas, religión, o política. Es una alta demostración de madurez social, el que pueda realizarse este trabajo común sobre bases democráticas de mutuo respeto. Así se prepara en la práctica de hoy la democracia del futuro.

La unidad sindical es una justa aspiración de los trabajadores especialmente válida en aquellos países, como el nuestro, donde el movimiento sindical no ha logrado aún extenderse lo suficiente. (En Chile, por ejemplo, de un millón trescientos mil obreros que tiene el país, sólo cerca de trescientos cincuenta mil están sindicalizados). De ahí que los demócratas cristianos hayan sido partidarios de constituir la Central Unica de Trabajadores (CUT), y luego de organizada, participen resueltamente en ella. La CUT representa a la mayoría de los trabajadores chilenos que militan en sindicatos y pese a las diversas corrientes que se expresan en ella, —anarquistas, comunistas, socialistas, cristianos, etc.— ha sabido mantener una vida interna democrática y resguardar la unidad en la acción. Todo lo cual no significa que deba descartarse la crítica de los errores cometidos por el movimiento sindical y su discusión franca en el seno de las organizaciones, única forma de hacerlo progresar y mantener dentro de él la convivencia activa de los diversos sectores.

Para la Democracia Cristiana la vida sindical es un campo pleno de perspectivas donde debe llevar sus ideas de progreso y justicia social, sus anhelos de redención proletaria, su capaci-

dad de solidaridad humana. Sólo por un trabajo perseverante y honesto en medio del pueblo se podrá obtener una adhesión sólida de los trabajadores a las ideas y a los hombres de la Democracia Cristiana.

CAPITULO II

POLITICA DE DESARROLLO ECONOMICO ¿EN QUE CONSISTE EL PROBLEMA DEL DESARROLLO ECONOMICO?

Se dice a cada instante que vivimos en un mundo capitalista. Sin embargo, esta afirmación no es precisa y en gran parte, linda con el error.

Cerca de los dos tercios de la población humana y del área o extensión total del mundo no han conocido el desarrollo capitalista. Grandes continentes, el Asia, el Africa, América Latina, han quedado al margen de este proceso. El sistema capitalista estuvo muy lejos de desarrollar su ciclo completo en estas Zonas. No le fué posible desenvolverse y poner de manifiesto sus energías características. Como consecuencia, no pudo instalarse una civilización realmente moderna en las zonas mencionadas.

Por el contrario, el sistema económico y social capitalista se dió con toda su plenitud en la Europa Occidental, los Estados Unidos y países como Canadá, Australia, Nueva Zelandia. La economía capitalista es, sobre todo, una economía industrial. Los países recién nombrados se caracterizan por disponer de instalaciones industriales —tanto pesadas como livianas— de gran envergadura.

Los altos índices de producción manufacturada constituyen el signo peculiar de un país capitalista.

¿QUE SE ENTIENDE POR PAISES SUB-DESARROLLADOS?

Reciben el nombre de sub-desarrollados o poco desarrollados aquellos países y continentes que permanezcan rezagados en relación con el progreso económico de las zonas capitalistas.

En ellos, el régimen agrario es completamente primitivo. La industria es débil e incipiente y el índice de productividad por individuo, muy bajo. Y por supuesto, las condiciones de vida de la población trabajadora alcanzan niveles mínimos.

En los últimos treinta o cuarenta años, las enormes diferencias en cuanto a producción económica y nivel de vida, existentes entre los países desarrollados y los subdesarrollados, lejos de disminuir, han crecido. El abismo se ha hecho mayor entre ambas categorías.

Para tener una idea aproximada de lo dicho, basta considerar algunas cifras sobre los ingresos por habitantes en países de una y otra clase. Así por ejemplo, Argentina alcanza a un ingreso de 346 dólares por habitante en un año; Uruguay 331; Venezuela 322; Cuba 296; Chile 188; Panamá 193; Colombia 132; Costa Rica 125; México 121; Brasil 112; Perú 100; y todo el resto de América Latina a menos de 100, y Haití y Ecuador apenas a 40.

En cambio, los países desarrollados alcanzan los siguientes ingresos: EE. UU., 1453; Canadá, 870; Suiza, 849; Nueva Zelanda, 856; Suecia, 780; Gran Bretaña, 773; Dinamarca, 689; Australia, 679; Noruega, 587; Bélgica, 582; Holanda, 502; Francia 482.

¿Y EL FACTOR IMPERIALISTA?

La Historia demuestra que los países desarrollados por la acción de sus burguesías capitalistas, cuando llegaron a un cierto grado de expansión y crecimiento industrial, empezaron a ampliar sus actividades e intereses hacia las zonas atrasadas. Vieron en ellas un vasto campo abierto a sus apetitos de nuevos mercados, de materias primas, de dominio político y económico. Frecuentes rivalidades entre las grandes potencias mundiales han obedecido a conflictos surgidos entre ellas por el control de territorios o riquezas del mundo colonial y dependiente. Así, muy pronto, los países atrasados quedaron sometidos a las influencias imperialistas y sus principales riquezas naturales pasaron a ser explotadas por el capital extranjero. Los intereses foráneos prevalecieron en la economía de estos

países. El factor imperialista pasó a constituir un elemento determinante de la postración social de estas regiones, de su corrupción política, y de su atraso y deformación económicos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la lucha de los pueblos del Asia y del Africa por su independencia y desarrollo económico se ha traducido en una gran ofensiva contra todas las formas de colonialismo.

¿COMO HA DE PLANTEARSE EL PROBLEMA DEL ESCASO DESARROLLO?

¿Cuál es la causa profunda de la situación de subdesarrollo?

Es posible que sea de interés tratar de formular una respuesta general, pasando por alto las condiciones particulares de cada nación procurando una cierta explicación global de un proceso histórico que todas han vivido por igual, en la misma medida que participan hoy de la condición de poco desarrolladas.

¿Qué hay en los países capitalistas que no exista entre nosotros? ¿Dónde está la raíz de un proceso tan desigual?

¿Acaso se debe a que ellos tienen una proporción de riquezas naturales muy superior a la nuestra? De ningún modo. Las riquezas naturales de los países poco desarrollados en general, son iguales o mayores que las de los países industrializados.

¿Tienen ellos, en general, mayor cantidad de industrias, de equipos, de capitales, que les permiten aprovechar mejor sus riquezas? Sin duda que sí. Pero tampoco se encuentra en este hecho la explicación definitiva del proceso: la superindustrialización o supercapitalización es más un resultado que la causa del proceso que examinamos. Un ejemplo servirá para aclarar este punto. Alemania era antes de la guerra un país de potente desarrollo económico. Pero sus equipos, fábricas, obras públicas, transportes, edificios, capitales, en una palabra, toda su capacidad instalada de producción, fué en gran parte destruída por la Segunda Guerra Mundial, y por las reparaciones de guerra. A los pocos años, sin embargo, Alemania ha vuelto a alcanzar su anterior nivel económico. Han trascurrido sólo diez años.

En cambio, en los mismos diez años, los países pocos desarrollados no han logrado, ni con mucho, superar su situación de retraso.

¿Dónde radica entonces el nudo del asunto? A nuestro parecer, en algo que podríamos expresar así: nuestros países no han tenido ni tienen, propiamente hablando, una burguesía vigorosa. No han contado —ni cuentan— con el esfuerzo creador que la historia no puede menos de reconocer a las clases burguesas. El capitalismo es obra de la burguesía. Y si se examina este sistema en relación con los regímenes económico-sociales que lo antecedieron, hay que concluir que él representa, en muchos aspectos, un avance neto. Esto sucedió porque el espíritu progresista y emprendedor ha sido la característica sobresaliente de la burguesía. Si ahora se ataca con frecuencia a esta clase social, es porque la hemos conocido en su etapa postrera, declinante y conservadora. Pero un momento de reflexión bastaría para apreciar cuánto ha hecho avanzar a la humanidad. En su tiempo irrumpió con fuerza indomable contra los viejos moldes sociales y espirituales del feudalismo. La ciencia, la técnica, la industria moderna son hijas suyas. Durante tres siglos el mundo recibió su influencia creciente. Durante dos siglos ha marchado a la cabeza de la historia. Desde el descubrimiento de América hasta la energía atómica, son muchos los legados que la burguesía deja al hombre.

¿HEMOS VIVIDO LA ETAPA BURGUESA-CAPITALISTA?

Pues bien, en nuestros llamados países poco desarrollados, la etapa burguesa no ha sido vivida. (Digamos, de paso que ya es demasiado tarde para vivirla).

En Europa, y desde el punto de vista social, las burguesías no fueron otra cosa que las clases medias, situadas entre el pueblo y la nobleza. Cuando esta última no fué capaz de guiar a las naciones frente a las nuevas circunstancias históricas, la burguesía se dió a la tarea de conquistar el poder. Los nobles, los tradicionales sostenedores y herederos del feudalismo, ajenos a la industria y a las nuevas formas del progreso económico fueron derrotados. La lucha fué cruenta. Las masas popu-

lares conscientes apoyaron a la burguesía. La Revolución Francesa es la gran revolución de los burgueses. Después de ella empieza de lleno la era de los hombres emprendedores dueños del comercio y la industria.

Nada de esto ha ocurrido entre nosotros. Aquí el dominio de las viejas clases tradicionales, de corte e ilusiones aristocráticos, casi feudales, pudo mantenerse hasta nuestros días. La clase media no pudo constituirse en burguesía propiamente tal; no logró conquistar ni el poder político ni la riqueza económica, que permaneció en manos de las clases altas. Tampoco pudo crear una industria, sino en un grado apenas incipiente.

Ahora sin consistencia propia, oscila entre fuerzas superiores: por un lado, las viejas clases que aun son dueñas de la tierra y de sus ventajas políticas; y por otro lado, el pueblo proletario. De ahí que la hora de la burguesía pasó sin que su programa fuera realizado. De ahí que nuestro capitalismo, nuestra empresa privada sean en general, débiles, dependientes y sumisos respecto de la presión imperialista y no hayan atinado a forjar una gran política propia.

Y de ahí, por último, que las bases sociales de nuestro progreso económico a esta altura no podrán fundarse sólo en el elemento burgués, sino en las energías organizadas de una nueva y potente fuerza social: las clases trabajadoras.

¿QUE SIGNIFICA ESTA NUEVA FUERZA SOCIAL?

De hecho, los países poco desarrollados que ya se han embarcado en una gran obra de progreso económico, por ejemplo la India, la China, lo han hecho sobre la base de la confianza, apoyo, y a un entusiasmo colectivo. Allí, las masas constituyen la columna vertebral del esfuerzo en marcha.

Algunos progresos realizados en los últimos años en ciertos países poco desarrollados, Chile por ejemplo, se deben también a la presión social y política de las masas populares que se organizaron y entraron en actividad.

ds Nos parece que la experiencia chilena es clara: excesivos triunfos políticos del pueblo y el auge del movimiento social llevaron al poder a las fuerzas de izquierda bajo el comando del Partido Radical. Muchos errores y faltas de diverso orden pue-

den, sin duda, señalarse, y con razón, en la gestión radical de los últimos quince años. No obstante, la renovación operada influyó en un punto decisivo: se abandonaron algunos criterios tradicionales y se impulsó el desarrollo económico del país gracias a importantes empresas estatales que fueron creadas (Petróleo, Electricidad, Huachipato, Paipote, etc.) Basta examinar los índices de aumento de la producción industrial en los años referidos para ver cuán importante ha sido el progreso en este sentido. El crecimiento de la economía nacional, en su conjunto, sin embargo, no ha logrado superar el crecimiento de la población del país. Todo lo cual revela, por una parte, que el desarrollo de estos países está ligado a la economía estatal y a la acción planificadora del Estado mucho más que al libre juego de economía privada, de suyo muy débil, como se ha expuesto, y por otra parte, que no es suficiente, en forma alguna, la acción de un Estado burocrático y representativo de los sectores o clases medias, sino que se precisa un Estado popular que exprese al pueblo entero y pueda arrastrar la voluntad y las energías de las masas tras la obra de progreso económico planeada.

Como muy bien lo señala una revista norteamericana (News-week), el mundo se encuentra hoy en presencia de un hecho fundamental: Los pueblos de Asia, Africa y Latinoamérica ya no están dispuestos a aceptar las durezas del pasado como algo natural e inevitable. Saben que el progreso es posible, y quieren trabajar por él. El asunto, en pocas palabras, ya no es "sí", sino "cómo" estos pueblos cruzarán el umbral que separa la pobreza del progreso.

¿COMO ENCARAR EL DESARROLLO?

De un modo general el Desarrollo económico significa: aumento substancial de la producción a un ritmo mucho más rápido que el aumento de la población, y distribución justa de la mayor riqueza producida para levantar el nivel de vida de las mayorías. Lo cual exige un enorme esfuerzo nacional de trabajo, de inversión, de técnica. Plantea como necesidades elementales la reforma agraria y un gran plan habitacional. Una política de Desarrollo es aquella que se revela capaz de organizar con eficacia este enorme esfuerzo.

Se ha hablado de "cómo" hacerlo. No creemos que esto deba resolverse por una opción entre el camino del capitalismo o el camino del socialismo. En nuestro Continente no parece haber llegado la hora de decidir entre estos sistemas. La vía del capitalismo y de la empresa privada no nos llevaría muy lejos. No es cuestión de argumentos. Es la historia hasta nuestros días de toda A. Latina, de todo el mundo no desarrollado, de Chile, la que revela cómo la fuerza del sector privado fué precaria y limitada. De ninguna manera resultaría suficiente para la obra en perspectiva. Por otra parte, el socialismo no es el sistema más indicado, en estas circunstancias, para organizar el esfuerzo común que se precisa. No se trata, pues, por ahora, de escoger entre la plena ortodoxia capitalista o socialista. El Desarrollo, en esta etapa de nuevos y asombrosos avances de la ciencia, ha de ser encarado por una política con sentido moderno, ágil, dinámica, creadora, libre de prejuicios y añejeces, y abierta a la ciencia, a la técnica, y a todos los medios e ideas positivas de progreso cualquiera que sea el país o el sistema social donde hayan surgido. (1)

¿VENDRA EL DESARROLLO DE LAS INVERSIONES Y AYUDA EXTRANJERAS?

Deba quedar en claro, ante todo, que la base del esfuerzo necesario para el desarrollo económico tiene que venir del país mismo. El Desarrollo es una conquista y no un regalo. Se obtiene fundamentalmente por el esfuerzo y los medios propios y no por la ayuda externa.

Algunas tendencias ponderan demasiado la importancia de la ayuda exterior, como si todo dependiera, en definitiva, del extranjero. Una política de Desarrollo fundada en la inversión extranjera conduce a toda clase de presiones imperialistas cuyos efectos más salientes son: la corrupción política y social de las fuerzas nativas, por una parte, y un Desarrollo deformado de la economía, por otra, ya que responde no a los intereses de la economía nacional sino de la economía extranjera, la cual buscará la explotación de aquellos rubros o materias primas que reclaman su industria o sus negocios mundiales.

(1) Ver R. A. Gumucio, Política y Espíritu N.º 149, p. 15.

La experiencia revela a diario los pobres y aún negativos resultados que esta política le ha dado a los países que la han practicado. En efecto, son precisamente aquellas zonas de América que se han mostrado más abiertas y fáciles para el gran capital privado extranjero, como es el caso de los países de Centroamérica y en general de la zona del Caribe, las que marchan más rezagadas en lo que se refiere a su desarrollo económico y político, que casi siempre van unidos. (i)

Si a un pueblo se le llega a formar en la idea de que su progreso debe esperarlo del exterior es seguro que se sentirá disminuido, su interés decaerá, y no podrá obtenerse de él ese enorme caudal de energía y de voluntad sin el cual no hay Desarrollo posible. A nuestro juicio, en este aspecto debe partirse de una afirmación esencial, y ella es que los pueblos subdesarrollados, como Chile, tienen en sí mismos todos los medios fundamentales necesarios para su crecimiento. La hora de su progreso vertical llega en tanto una política dinámica y popular es capaz de poner en marcha estos medios humanos y materiales, de sacarlos del estado potencial en que permanecen para traducirlos en realidades de progreso incesante. Sobre esta base, cualquiera ayuda extranjera en equipos y en técnica será operante. Sin ella, lo más probable es que a la postre resulte negativa y corruptora.

¿CUALES SON LAS FUERZAS SOCIALES POSITIVAS?

Es bien sabido, y harto insistimos ya en ello, que nuestras clases tradicionales participan en general, mucho más de los rasgos propios de las viejas aristocracias feudales que de las clásicas burguesías emprendedoras que comandaron en el mundo el proceso histórico del capitalismo industrial. Esto significa, en síntesis, que nuestros grupos tradicionales, poseedores de la tierra y de gran parte de los capitales, no son precisamente un sector de progreso y empresa que como grupo social vaya a impulsar o servir de soporte al esfuerzo de Desarrollo que se precisa. En Latinoamérica, estos grupos representan más bien la vieja escuela de la falta de iniciativas económica, del régimen agrario primitivo, de las riquezas principales del país abandonadas al ca-

nivel extranjero, del criterio conservador apegado al pasado, la falta de imaginación creadora. Son mucho más una ramera que un factor de progreso.

Por otra parte, ya vimos cómo las clases medias no lograron alcanzar su pleno crecimiento, como ocurrió en los países industriales de Europa y en EE.UU. Aquí las clases medias no pasan más allá del profesional, el pequeño empresario, el burócrata. No obstante, en los últimos 15 años, las clases medias apoyadas por el pueblo obtuvieron el poder político y desde allí impulsaron importantes inversiones estatales que produjeron una corriente de actividad industrial incipiente, pero vigoriza en el país. Es cierto que el esfuerzo pronto decayó en un burocratismo agobiante para todos, y que en definitiva no tuvieron el empuje suficiente para llevar el país más allá de su atraso estructural, pero de cualquier modo, fué un trabajo positivo que entre otras cosas puso las bases para que surgieran nuevas generaciones de empresarios más emprendedores que, al igual que las clases medias, están llamados a jugar un papel activo y útil en una política de Desarrollo.

¿CUAL ES EL FACTOR PRINCIPAL?

La obra de sacar de su atraso a los países poco desarrollados, de un salto a un nivel superior, es harto difícil y es cierto modo titánica por las grandes energías sociales que requiere si se tiene en cuenta que ha de realizarse en un período de tiempo razonablemente corto. El capitalismo europeo, en su hora, fué construido sobre dos bases sociales: la gerra creadora de las grandes burguesías asociadas por el lucro y el espíritu de empresa, y las diferentes formas de trabajo forzado y de consumo mínimo que pudieron imponer por largo tiempo sobre la mayoría de los proletarios. El capitalismo en EE. UU., pese a algunas diferencias, entró por esta misma vía. El menos advertido sabe que los países poco desarrollados no puedan en la actualidad contar con ninguno de estos dos factores para levantarse hasta el nivel de las naciones adelantadas.

A las condiciones completamente nuevas en que deben acometer su desarrollo, a un cuadro bien diferente en cuanto a las actuales fuerzas sociales operantes, no puede menos de corresponder también un camino distinto, un nuevo camino que los pueblos interesados ya están creando y conociendo. La experiencia de los países poco desarrollados de América como de otros continentes, en estos últimos años, empieza a revelar con harta claridad que, en el esfuerzo por su crecimiento económico y político, o en otros términos, por liberarse de la estructura colonial dependiente del subdesarrollo en todas sus formas, aquellos países que más avanzan y que obtienen algún éxito son los que cuentan con un fuerte movimiento popular, apoyando la obra común.

Está dicho que son varios los elementos y sectores sociales que han de ser llevados a participar en una política de Desarrollo. Desde luego, los obreros, los empresarios, los técnicos. En el esfuerzo por aglutinar tras un trabajo común los corresponde un papel principal a los demócratas cristianos. Pero, nada debe velar o disminuir la afirmación esencial de que el factor determinante del Desarrollo es el pueblo mismo. El grueso de las energías no podrá salir sino de las clases trabajadoras. Si la masa de la población no es capaz de llenar en la tarea, si no se le da ingerencia en la planificación general, en el manejo político y económico del país, en la vida de las empresas privadas como públicas, si no se obtiene su adhesión entusiasta, su esfuerzo social y político, su comprensión del impropio trabajo que es preciso realizar, si se le deja a un lado, o peor, se le aparta o reprime con desconfianza o por miedo, no será posible llegar muy lejos en los propósitos de Desarrollo. Algunos no ven claro este punto. Sin embargo, la clara observación de que el capital no es otra cosa que trabajo acumulado, y por otra parte, que el capital en gran medida se necesita para tener un movimiento al trabajador, tal observación, desgraciadamente, debería bastar al más frío calculador para apreciar la decisiva importancia de la masa trabajadora para una efectiva política de Desarrollo. Esta es, según creemos, una cuestión principal para la Democracia Cristiana que viene, además, a confirmarse por otro camino, aquello de su irrenunciable vocación popular.

¿CÓMO AFRONTAR EL ASUNTO DE LA REFORMA AGRARIA?

La reforma agraria es necesaria porque la actual estructura del campo chileno adolece de vicios graves que repercuten pesadamente sobre el progreso económico, social, y político de Chile. Estos vicios son, en primer lugar, el latifundio, y en segundo lugar, el minifundio.

Ambos tipos de propiedad y explotación de la tierra, el primero por abarcar grandes extensiones y el segundo por abarcar muy pequeñas, perjudican el mejor rendimiento de los campos y la introducción de mejores métodos y técnicas de cultivo. Los minifundios representan, en conjunto, cerca del 8% de la superficie agrícola del país; son campesinos muy pobres con medios y prácticas de trabajo en extremo primitivos y rudimentarios.

Los latifundios, que constituyen el problema más grave, ocupan, más o menos, el 50% de la superficie total. Una buena parte de las tierras latifundistas son mantenidas en la ociosidad. Otro tanto están mal aprovechadas. El régimen latifundista, además, retiene a los campesinos en un estado de servidumbre colonial, al margen de la vida civilizada, lo cual, fuera de sus implicancias morales y sociales del todo negativas, significa que esas inmensas masas humanas están desprovistas de capacidad de compra o consumo con grave daño para la industria y el desarrollo económico de nuestro país, que carece de esta manera de un mercado interior suficiente.

La más grave consecuencia de esta estructura agraria viciosa es que no alcanza a producir lo indispensable para alimentar al país, y debemos destinar moneda extranjera (divisas), siempre muy escasas, para comprar en el exterior el trigo, la carne, la leche, las oleaginosas, etc., cuando aquí se podría producir todo lo necesario, y gastar las divisas en la importación de maquinaria y equipos industriales, y en general bienes de capital imprescindibles para el progreso económico del país, y que Chile aún no puede producir.

Desde el punto de vista político y cultural, hay que señalar que las masas campesinas no tienen conciencia propia y no

conocen los derechos y las prácticas democráticas, lo que se traduce en la sumisión y aprovechamiento político de parte de los patrones, con el consiguiente perjuicio para la vida democrática del país.

Las orientaciones básicas de una reforma agraria no pueden ser otras que la expropiación de las tierras improductivas, la agrupación cooperativa de los minifundios, y sobre todo, la adopción en gran escala de las técnicas modernas de producción y de la maquinaria agrícola. Una tal reforma agraria requiere, es claro, un sólido respaldo popular, en especial, de los obreros agrícolas y debe buscar, además, la cooperación de los sectores empresarios del campo de mentalidad progresista.

¿QUE HACER FRENTE AL MOVIMIENTO CAMPESINO

La Democracia Cristiana ha apoyado y apoya el movimiento reivindicativo de los campesinos, como también la organización de sindicatos, pliegos de peticiones, incluso las huelgas que se han producido, en primer término, porque las condiciones de vida del obrero agrícola son, por lo común, miserables, y es de la justicia más elemental que exijan mejores salarios, y en segundo lugar, porque el movimiento de las masas campesinas constituye la palanca o presión más poderosa para promover el cambio del actual régimen agrario y el progreso técnico en los campos.

En buena parte la estructura vigente de carácter casi feudal, se perpetúa por la pasividad de los campesinos que aceptan muy bajos salarios y así no crean en el agricultor la necesidad de mejorar sus formas de explotación y la productividad del trabajo. De ahí que todo lo que se haga por poner en marcha al campesinado debe ser estimulado.

CAPITULO III

LA POLITICA INTERNACIONAL

¿HUBO PELIGRO DE UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL?

Después de la segunda guerra mundial, que terminó en 1945, la paz tuvo un carácter en extremo inestable, y muy pronto se la miró abiertamente como una simple tregua pasajera, mientras se preparaban los grandes contendores de las tantas veces anunciada tercera guerra mundial; estos contendores eran Rusia y EE. UU. La política de bloque, vale decir de adhesión casi incondicional al bloque encabezado por Rusia o al bloque encabezado por EE. UU., llegó a su mayor rigidez, y a todo el mundo se le exigía una "definición" y todos los problemas debían, en primer lugar, ser juzgados teniendo presente los intereses del "bloque" al cual se pertenecía.

La política de bloques es nefasta, primero porque todo en ella se dispone en forma de prepararse para la guerra, con lo cual se acumulan los motivos e incitantes para que la guerra se produzca, y segundo, porque los intereses de la mayoría del género humano y de los pueblos del mundo se posponen y sacrifican ante los intereses de las grandes potencias belicistas.

Pero la tercera guerra mundial en verdad no llegó. Es cierto que surgieron algunas guerras locales como la de Corea, provocada por los comunistas, y la de Indochina, de la cual era responsable el colonialismo occidental. Estas guerras, pese a su repercusión mundial en extremo peligrosa, no pasaron más allá de guerras locales.

Desde que se insinuó el peligro de la nueva guerra mundial hasta hoy se produjeron ciertos hechos que resultaron favorables para la paz. Los pueblos de todo el mundo, quizás como nunca antes, supieron ahora movilizarse en favor de la paz. La palabra paz fué escrita en los muros de todas las ciudades; fué escrita en todos los idiomas. La paz se convirtió en consigna. El peso de la opinión pública, la presión de los pueblos, se dejaron sentir sobre las altas esferas. Los que dirigían a las

grandes potencias y los círculos de mayor influencia se sintieron como vigilados por la Humanidad, y también apoyados en sus esfuerzos por la paz.

Después vino la admirable tenacidad e influencia moral de la India y su gran líder, Nehru, que adoptó la política de la neutralidad. Pero no una neutralidad escondida o indiferente. Tampoco una neutralidad purista que abomina por igual de los bandos en lucha y nada quiere con ninguno de los dos. No. La neutralidad de Nehru fué una neutralidad combatiente. Se dirigió a unos y otros y les reclamó la paz; con todos trató. Alivió la tensión y señaló un camino que por sí solo abría un nuevo horizonte. Esta política culminó con éxito en la Conferencia de Bandung donde se reunieron los gobernantes de los pueblos asiáticos y africanos. Allí la mayoría de la población del planeta, perteneciente a los países subdesarrollados, demostró su capacidad para señalar una creadora política de paz. La paz salió robustecida y afirmada de Bandung. La política de bloques irreconciliables, en acecho, fué herida, de muerte en Bandung. Otra perspectiva fué señalada al mundo.

¿QUE PAPEL HA JUGADO LA CIENCIA ATOMICA?

El desarrollo de la técnica atómica, aún trabajando para la guerra, trabajó, sin embargo, sin saberlo, para la paz. Se llegó a una bomba dos mil quinientas veces más destructiva que la de Hiroshima. La carrera de la ciencia nuclear no daba supremacías sino empates a los grandes rivales. No era posible seguir. En Septiembre y Diciembre de 1954 el Papa Pío XII pidió al mundo que proscribiera la guerra atómica. Poco después un grupo de sabios ilustres, encabezados por Einstein, notificaba a todas las gentes que una guerra con bombas de hidrógeno podría acabar con la especie humana. La advertencia causó profunda impresión. Luego los jefes de las grandes potencias, bajo la fuerte presión de estas nuevas realidades, se reunieron en Ginebra, creando una atmósfera más positiva y menos cargada de peligros para la paz.

Con posterioridad, el Papa ha insistido en los riesgos de las armas nucleares. Hasta hace poco se pensaba que estos riesgos estaban ligados a una guerra atómica, pero ahora aparecen uni-

dos también a las explosiones de carácter experimental que con frecuencia se producen en EE.UU. y Rusia. Los hombres de ciencia no están todavía en condiciones de precisar qué número de explosiones en un lapso dado, resultan inofensivas y cuándo empieza a ser peligrosa la radioactividad acumulada. La práctica, pues, ha planteado un nuevo problema: ya no se trata sólo de prohibir el uso bélico de las armas nucleares, sino antes que eso el ensayo mismo de estas armas. En tal sentido el Papa se ha pronunciado resueltamente, reclamando la renuncia al empleo de las bombas aún con fines experimentales. Un compromiso internacional en tal sentido y un control seguro y adecuado de su cumplimiento, afirma el Pontífice, un deber de conciencia que los gobernantes responsables no pueden eludir.

La verdad es que siempre las armas engendraron su réplica o defensa. Desde las más primitivas hasta las más modernas, esta regla permaneció invariable. Era la condición misma de la guerra, ya que en ella se basaban las expectativas de triunfo de cada bando. Ocurre, ahora, sin embargo, que contra las armas nucleares no hay otra réplica o defensa posible que la paz.

¿COMO PLANTEAR UNA POLITICA DE PAZ?

Han sido objetivos constantes de nuestra política, la adhesión a la causa de la paz y el rechazo de la política de bloques.

En este sentido hay todavía que avanzar más. Para mantener la paz es preciso crear condiciones que le sean favorables. El único fundamento sólido de la paz social como internacional, es la justicia. En el ámbito internacional, esta justicia implica la vigencia de un régimen jurídico que garantice el derecho de los pueblos a su autodeterminación, el rechazo colectivo a la agresión de dondequiera que venga, el arreglo de los conflictos que crean tensión bélica por medio de negociaciones y en última instancia del arbitraje, el amplio intercambio cultural y comercial entre los ciudadanos y las instituciones de todos los países.

Estos son, también, principios orientadores de nuestra política. Creemos que las Naciones Unidas representan un esfuerzo positivo por crear este orden jurídico internacional, que merece amplio apoyo.

Una política de paz y de rechazo de la política de bloques exige el desarrollo de una conducta amplia, desprojuiciada, de libertad espiritual, pronta a entablar diálogo y tomar contactos con todos los lados, dispuesta a reconocer los aspectos positivos en cualquier lugar que estén, en Rusia como en EE. UU.; una política de este tipo, que busca los entendimientos y la amistad entre los hombres, ha de estar pronta a colaborar en la realización de más y más oportunidades para que gentes de diversos países puedan conocerse y vincularse.

Un período de paz suficientemente prolongado irá modificando las estructuras del mundo capitalista y del mundo comunista. La poderosa presión de millones de hombres que tienen aspiraciones comunes a la paz, a la libertad, a la independencia nacional, al justo reparto de los bienes, junto con evitar la guerra, conducirán por este camino a ambos sectores del mundo.

Una política de paz, consecuentemente entendida, determina la mantención de relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo sin discriminaciones. En tal sentido, Chile debe tener relaciones con los países que forman el mundo comunista.

No debe confundirse una ideología con un país; un sistema filosófico con un Estado determinado; las ideas de un gobierno con la nación misma que ese gobierno representa. Ejemplos: el comunismo es una doctrina. Rusia es un país. Tener relaciones con Rusia no equivale a aceptar la concepción materialista de la vida. EE. UU. y Uruguay, Francia e India, tienen relaciones con Rusia y sin embargo la política exterior e interior de estos países es bien diferente a la política exterior e interior rusa. La monarquía es una teoría política. Inglaterra es un país. A nadie podría ocurrírsele que sólo los pueblos devotos del monarquismo deben tener relaciones con Inglaterra. La actual mutación de nuestra vida internacional que impide las relaciones de Chile con los países comunistas es injustificable de acuerdo con el derecho internacional y contraria a los intereses chilenos.

¿QUE HA PASADO DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA?

Estemos a diez años de distancia del fin de la segunda guerra mundial. Grandes hechos, de dimensión universal, se des-

y produjeron de ese gran conflicto. Es posible advertirlos, a esta altura, con mayor claridad.

En primer lugar el sistema socialista de Rusia se extendió a China y otros países de la Europa Oriental. La Revolución china sacudió hasta sus cimientos más profundos toda la vieja estructura colonial del Asia. China empezó con gran energía a construir su economía y a desligarse del pesado lastre feudal que la dominaba.

En estas condiciones el mundo socialista comprende ahora una población cercana a los 900 millones de habitantes, más de un tercio de la población humana.

En segundo lugar ha de señalarse la quiebra de los sistemas coloniales europeos al conseguir los pueblos coloniales su independencia y soberanía política. India, Pakistán, Birmania, Ceylán, Indonesia, Indochina, Filipinas, han surgido a la vida libre. Son más de 600 millones de hombres que ya han gravitado sobre la política mundial al mostrar la mayoría de ellos una resuelta adhesión a la paz, y al crear un nuevo sector ajeno a las rivalidades y a la guerra fría de las grandes potencias. El gran objetivo histórico de estos pueblos, al igual que el de América Latina, es poner en marcha un creciente desarrollo económico que los libere del enorme retraso social en que viven.

El viejo mundo colonial, vace arruinado. Los pueblos que aún no consiguen su independencia, por ejemplo los del norte de África, luchan denodadamente para obtenerla y ya nadie ignora que no lo será posible a las metrópolis europeas, (Inglaterra, Francia, Bélgica, España, Portugal) mantener por mucho tiempo más los dominios que aún conservan.

El anti-colonialismo, la afirmación del derecho de los pueblos a su autodeterminación, es principio esencial de una política popular-cristiana, que apoya, por lo tanto, la lucha de las naciones oprimidas, por conseguir su independencia y su desarrollo nacional.

Asia y África están, pues, conmovidas. El colonialismo se retira del escenario y los pueblos avanzan de un modo ya incontenible. La ofensiva anticolonial se expresa en todas sus formas. Dichos países parecen haber comprendido que no es cues-

ción de quedarse en una mera independencia formal, jurídica, sino que de ahí hay que pasar de inmediato a la lucha resuelta contra la estructura del retraso económico y político que lleva el sello inconfundible del coloniaje. De ahí que las grandes obras de construcción económica, la reforma agraria, la activa participación de las masas en la vida del país, son tareas que ya figuran en el orden del día de esos pueblos.

¿ES SATISFACTORIA LA SITUACION DE AMERICA LATINA?

En gran parte de América Latina no se practica la democracia y no se respetan los derechos elementales del hombre. En otros lugares los rudimentos de vida democrática están continuamente restringidos. Los derechos sindicales, la libertad política, la libertad de prensa, la libertad de reunión, de asociación, están suprimidos en la mayoría de nuestros países. Los pueblos llevan una vida de tremenda miseria y una parte apreciable de ellos son analfabetos. La casi totalidad de las riquezas del Continente se encuentran en poder del capital extranjero. El régimen agrario no supera su estado primitivo. Las masas campesinas siguen sujetas a un régimen de servidumbre. El desarrollo industrial es incipiente y su crecimiento económico, en general, va muy atrás de lo que sería necesario para afrontar siquiera el aumento de la población y las presiones sociales más urgentes.

El panamericanismo no ha resuelto ninguno de estos problemas, sino que más bien los ha agravado.

América latina sólo podrá salir de esta situación tan negativa por sus propias fuerzas. Más exactamente por los esfuerzos de sus pueblos. A nuestro juicio, todas las fuerzas populares y democráticas de América Latina deben multiplicar su empeño por entenderse y marchar tras objetivos comunes. Dondequiera que surja la democracia, el gobierno elogie por el sufragio popular, el respeto de los derechos sindicales y políticos, el desarrollo económico, han de ser apoyados por todos los sectores democráticos del Continente.

¿ES POSIBLE UNA NUEVA POLÍTICA?

La comunidad de intereses, de necesidades, de problemas similares de vecindad, de aspiraciones, de idioma, de religión, son las bases de un destino histórico común para los países de Latinoamérica.

Hay, además, otra comunidad. La de la inmensa mayoría de la población humana que habita en regiones atrasadas y explotadas. Es el mundo que ha sido definido como sub-desarrollado. Son las naciones proletarias del África, del Asia, de América Latina, que se encuentran en una misma condición o estado desde el punto de vista de su desarrollo, en particular, de su desarrollo económico. Los intereses de estos pueblos son solidarios y no se oponen entre sí, al revés de lo que ocurre entre otros pueblos y sus respectivas metrópolis o naciones dominantes, cuyos intereses casi siempre chocan.

Afirmamos una política cuyo principio rector es la unificación de América Latina y la solidaridad de todos los pueblos sub-desarrollados del mundo.

¿Y LAS RELACIONES AMERICANAS?

El sistema panamericano o interamericano (OEA) ha defraudado a los pueblos de Latinoamérica y sólo ha servido los intereses de EE. UU. Los abusos imperialistas, económicos como militares, han dejado indiferente a la OEA, cuando no, se ha hecho cómplice de ellos. EE. UU. obtiene del sistema interamericano seguridad estratégica, prestigio y apoyo político, y aún económico, todo lo cual le es vital para su política de proyecciones mundiales. América Latina, en cambio, no obtiene nada de esta sociedad, ni siquiera una garantía de paz efectiva que le permitiera liberarse del pesado presupuesto militar que gravita sobre su economía. El sistema trabaja, pues, en favor de los EE. UU. y no de los pueblos del Sur. Se impone, por lo visto, una rectificación profunda cuyo contenido corresponda a una leal cooperación con los EE. UU. pero

sobre bases de dignidad y moralidad. Sin entreguismos, sin enajenar nuestro derecho a criticar lo que nos parece mal en el ámbito americano, nuestro derecho a discrepar, nuestro derecho a decidir.

El principio de la autodeterminación de los pueblos americanos debe sostenerse hoy más que nunca. Sólo el pueblo de cada país es el llamado a elegir su sistema político y económico, a rectificar sus errores, y aún a derrocar a sus tiranos. Cualquier intervención individual o colectiva de elementos, fuerzas, o Estados extranjeros, por muy elevado que sea su propósito, merece el repudio y la resistencia vigorosa de los pueblos americanos.

¿HACIA LA COOPERACION MUNDIAL?

Los pueblos de América del Sur y del Centro deben mantener relaciones amistosas con los EE. UU. Nada resulta tan descabellado como la guerra política contra los EE. UU. Hay quienes todo lo refieren a EE. UU. Lo bueno y lo malo. Pienzan que si hemos de salir adelante será, por la ayuda y buena voluntad norteamericana. Se pasan aconsejando a los hombres del Norte: "Sean buenos con nosotros, préstennos plata porque a la larga les conviene". Esta actitud es tan desastrosa como aquella que le echa la culpa al "imperialismo yanqui" de todas nuestras desgracias. Falta comprender que los norteamericanos están en su papel y que muchas cosas que nos parecen inaceptables son dictadas por la lógica misma de su posición.

Las cosas no se regalan. Se conquistan por el esfuerzo propio. Son sus fuerzas, sus medios sus recursos, los que ha de organizar América Latina, para avanzar. Los vínculos estrechos, la comunidad de intereses, sólo es posible con aquellos que participan de la misma condición básica en cuanto al grado de desarrollo nacional. Con todos, sin embargo, debe buscarse la cooperación. Porque se hace necesario comprender que no estamos en una hora de guerra sino de paz. No se trata de hacer una política de guerra contra éste o este otro sino una política de paz, de progreso y de amistad con todo el mundo.

A P E N D I C E

BREVE DICCIONARIO POLITICO

(Los desarrollos de gran parte de los conceptos que se exponen a continuación, están basados en el Diccionario Enciclopédico UTEHA —Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana— de México)

Anarquismo. Doctrina económica, jurídica y política que preconiza una absoluta libertad del individuo y la supresión inmediata de la propiedad privada y del Estado. Se considera que en la antigüedad, sus precursoras fueron: la escuela de los cínicos, de los estoicos, Zenón y Carpócrates de Alejandría. En los tiempos modernos, sus principales promotores han sido: Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Eliseo Reclus. El ingreso sin trabajo, o sea, la propiedad, era un robo para Proudhon. Para el anarquismo el Estado como tal es órgano de corrupción y opresión; la propiedad privada es la institución fundamental de la explotación social y proporciona al Estado los medios para gobernar, al mismo tiempo, que éste la garantiza y consolida. Hay que suprimir el Estado y la propiedad y reemplazarlos por una organización colectiva construída de abajo hacia arriba, de asociaciones libres, asociaciones industriales y agrícolas federadas en las que la remuneración corresponderá al trabajo realizado. Propician la revolución violenta y la acción directa como métodos de lucha social. No respetan ni reconocen, ni siquiera en forma transitoria, a ninguna de las Instituciones establecidas.

Conservador: Tendencia política que se caracteriza por su inclinación a mantener el estado vigente de las cosas, y las costumbres, y aún de volver a una etapa anterior, manifestando una continua hostilidad a las innovaciones en el orden social y moral, y cediendo muy poco a poco y sólo bajo fuertes presiones al sentido reformador. En su forma extrema se atiene más al prejuicio que al pensamiento, inclinándose al hábito más que a la razón. El conservador inglés es típico en la historia. En las épocas en que los cambios profundos son exigidos por necesida-

des objetivas del desarrollo social, las fuerzas conservadoras se convierten a menudo en obstáculos insalvables de una adecuada evolución, lo que se traduce en choques violentos y revoluciones.

Comunismo: En su forma más radical implica no sólo la propiedad colectiva de todos los medios de producción o sea del capital en todas sus formas, sino también de la riqueza producida (o sea, de los bienes de uso social y personal y de consumo), y en algunos casos, incluso la disolución de la familia (el amor libre) y la educación colectiva de los niños desde su más temprana edad.

El comunismo excluye la propiedad privada y las diferencias de clase; todos los miembros de la sociedad gozan de las mismas oportunidades y de la misma situación social: cada uno trabaja según su capacidad y recibe o consume según sus necesidades. La existencia de un cierto comunismo en la etapa primitiva de los pueblos —reflejado en el mito de la edad de oro—, ha sido discutida por algunos investigadores; pero es indiscutible que el comunismo ha sido un ideal sustentado desde los tiempos antiguos; ya Platón lo defiende en su República, aunque reservado a la clase gobernante: la idea platónica del Estado influyó en el estoicismo y contribuyó a que se considerase de derecho natural la igualdad social y económica de todos los hombres.

La predicación de Cristo —hermandad de todos los hombres, hijos de Dios, y ascetismo y renuncia a los bienes terrenales— hizo que se desarrollase un movimiento comunista en el seno del cristianismo primitivo y que los Santos Padres se mostrasen en general, poco favorables a la propiedad privada. La esclavitud, por otra parte, dió lugar a rebeliones de tipo comunista, como la de Espartaco. En la Edad Media, el comunismo cristiano primitivo quedó limitado a ciertas regiones del Oriente y a los monasterios y órdenes religiosas. Con el Renacimiento resurgió la idea platónica del Estado en los humanistas y filósofos cristianos, que escribieron una serie de utopías comunistas, como las de Tomás Moro, Campanella, etc. El primer ensayo serio de realización de esta clase de comunismo fué el Estado Jesuita del Paraguay (1610-1758).

La filosofía racionalista y filantrópica de la Ilustración y las nuevas condiciones económicas y sociales del siglo XIX transformaron el comunismo en el llamado socialismo utópico. Marx y Engels le dieron por fin, su forma moderna; con su Manifiesto Comunista de 1848 fundaron el socialismo científico o proletario, que sirvió de programa primero a la Liga de los comunistas y luego a la Primera Internacional y después a la Segunda Internacional. Desde la Comuna de París (1871) —hecho que marca el fin de la Primera Internacional y abre paso a la formación de la Segunda—, hasta la primera guerra mundial, el auge y estabilización del gran capitalismo, hicieron que la mayoría de los marxistas adoptasen una política evolucionista, parlamentaria y democrática, y que el término comunismo fuera reemplazado por el de socialismo. Fué la época de la Segunda Internacional. A esta interpretación del marxismo, Lenin opuso el llamado bolchevismo; organización del partido bajo una disciplina militar, táctica revolucionaria de la insurrección armada y dictadura del proletariado para implantar el socialismo y llegar después, por la progresiva desaparición del Estado y aumento de la producción, al comunismo; con la conquista del poder por los bolcheviques (1917) en Rusia, comenzó la primera experiencia en la historia humana de realizar en un país el comunismo.

En 1919, se fundó la Tercera Internacional, integrada por las secciones o partidos comunistas de cada nación. Fracasadas las revoluciones comunistas de Alemania, Hungría y China, después de la primera guerra mundial, el comunismo, que había triunfado en Rusia con Stalin, extendió sus actividades por casi todo el mundo. La reacción facista, principalmente, los éxitos del nacional-socialismo (nazismo) en Alemania y de Mussolini en Italia, hizo que la Internacional comunista, adoptase la política del Frente Popular (alianza con todos los sectores obreros y burgueses que estuvieran por defender la democracia contra el facismo) en 1935. Después esta política se quebró con el pacto nazi-ruso de 1939 y se restableció de hecho con la agresión de Hitler contra Rusia en 1941 que unió al comunismo y a la democracia en la lucha contra el facismo. Durante la Segunda Guerra mundial se disolvió la Internacional comunista (1943), pero los partidos comunistas de las naciones ocupadas por Alemania participaron activamente en la resistencia contra el invasor.

El desenlace de la Segunda guerra mundial elevó a Rusia a la categoría de gran potencia mundial. Los comunistas asumieron el poder en casi todos los países liberados del nazismo por el Ejército Rojo en la Europa Oriental (Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Albania, y Alemania Oriental). La revolución china dirigida por Mao Tse Tung llevó a los comunistas al poder también en ese país, consiguiendo con ello una gran influencia en toda el Asia. En Francia e Italia el partido comunista se hizo muy fuerte. Todo este crecimiento comunista en expansión continua provocó un agudo estado de tensión entre Rusia y EE. UU. conocido con el nombre de guerra fría. Los EE. UU. manifestaron su decisión de impedir una mayor expansión comunista. Los partidos comunistas de los países de la órbita soviética y de Francia e Italia forman el Cominform. Tito, en 1948, al ser expulsado del Cominform mantiene a Yugoslavia en una posición de comunismo nacional, y neutralista en el plano internacional. Los nuevos gobernantes rusos, después de muerte Stalin en 1953, reintegran a Tito a la familia marxista-leninista y establecen que cada país es autónomo para adoger su mejor camino hacia el socialismo. Se desarrolla, luego, la campaña contra el culto a la personalidad (contra Stalin) y en el XII Congreso del P. C. ruso (1953), se denuncia la tiranía de Stalin y los crímenes y estragos a que dió lugar. Los nuevos jefes rusos prometen la dirección colectiva y en general, una tendencia hacia la democratización del sistema. Se disuelve el Cominform (1956). Se declara que también las vías parlamentarias son aptas para llegar al socialismo.

Comunitarismo. La idea comunitaria que ha hecho suya la Democracia cristiana tiene dos significados. Significa a la vez un camino y una meta. Como meta ella propone una estructura social fundada en el principio de que la tierra y los me-

mos de producción han de pertenecer a los trabajadores. Esto importa ir más allá del sistema capitalista. El capitalismo mantiene a los trabajadores al margen de la empresa. Bajo el sistema capitalista un grupo más bien reducido es dueño o controla los medios de producción, esto es, la tierra, las minas, las empresas industriales, el capital; y otro grupo, donde está la gran mayoría, es el de los trabajadores o asalariados que no tienen otro medio de vida que la venta de su fuerza de trabajo a los capitalistas. Esta contradicción ha llegado a convertirse en una traba del desarrollo social y en fuente de miserias y conflictos de clases. La idea comunitaria promueve un orden de cosas donde el capital y el trabajo ya no estén separados, ya no pertenezcan a grupos diferentes, sino que se reúnen en las mismas manos.

Pero en esta materia más importante que las metas o fines son los caminos para llegar a ellos. El camino comunitario no se agota en la sola lucha de clases ni menos acepta que el sistema que promueve pueda llegar a imponerse desde arriba, por decreto, de un día para otro, como un mecanismo duro y rígido que por la fuerza del poder del Estado se impone a toda la población. Ese camino sería imposible para los pueblos que como el nuestro han llegado ya a la etapa de la democracia. Ese camino supone una dictadura brutal que en la práctica se ejerce incluso contra la propia masa obrera. Ese camino supone la pérdida de bienes tan apreciables como las libertades democráticas e inhibe además importantes energías sociales de sectores que no encuentran cómo integrarse en los raudales siempre dirigidos e inflexibles del socialismo. Es por todo eso que el comunitarismo está muy lejos del socialismo tal como ha sido impuesto en los países comunistas.

El comunitarismo no es una máquina o un molde al cual el hombre debe someterse de buena o mala gana. Es un proceso gradual que va en el sentido en que avanza la sociedad moderna y en que se expresan las aspiraciones del hombre común. Fhuye de las ideis y de la vida pere no de golpe sino de manere sucesiva. La incorporación creciente de los trabajadores a los beneficios de la economía, de la técnica, de la cultura, y de la vida democrática es su orientación permanente. Pero esto no cree que pueda realizarse por obra de una receta fija, de una consigna, o de una ortodoxia universal, sino de acuerdo a las condiciones dadas y asumiendo las formas más variadas tanto en la estructura de la empresa, como del Estado.

Para avanzar no cree tampoco que lo mejor sea organizar la lucha de un sector del país contra el otro o imponer la dictadura de una clase contra las otras. Son enormes las pérdidas que se producen por esa vía. Es posible que el mundo esté entrando en una etapa donde se presenten posibilidades nunca vistas hasta ahora para organizar, y no la guerra entre los hombres, sino la cooperación. La nueva ciencia atómica o nuclear puede ser el gran punto de apoyo para este nueva manera de encarar las cosas debido a los nuevos y grandiosos recursos que entregará al progreso humano.

El comunitarismo sabe muy bien que no todos los sectores sociales están preparados para un cambio de estructura. No sólo la clase burguesa más reaccionaria sino también los empresarios más innovadores o progresistas que se han formado en la escuela de la capitalización privada, los profesionales o técnicos para los cuales su mayor incentivo es aún la ganancia, la inversión personal, la masa campesina o causa de su retroceso.

que, no están en ningún sentido preparados para ser elementos útiles dentro de un nuevo sistema. De ahí que el proceso comunitario ha de ser un proceso flexible al cual se van incorporando las fuerzas sociales en la medida que el sentimiento de comunidad y las prácticas de cooperación social van arrastrando a todos por su mayor eficacia y humanidad.

Es el pueblo más avanzado el que ha de marchar a la cabeza del desarrollo social, precisando a los acontecimientos y creando las nuevas condiciones, pero teniendo en cuenta que no pueda prescindir de los demás sectores y que hoy por hoy el camino más corto y más democrático ha de ser el que permita el más amplio encuentro de fuerzas constructivas.

Democracia. Es el gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo, y se opone al absolutismo, a la dictadura, y a toda clase de Estado autoritario; en la democracia todos los ciudadanos participan de una u otra forma en las decisiones y responsabilidad del gobierno; no son meros súbditos pasivos del Soberano o Mandatario. La forma de organización del Estado más propia de la democracia es la República. Pueden estimarse como bases fundamentales del sistema democrático las siguientes: Primera, la soberanía popular: el poder de tomar decisiones corresponde en último término al conjunto de los ciudadanos que gozan de derechos políticos (derecho a votar y a ser elegido para los cargos públicos). Segunda, la igualdad ante la ley: exclusión de toda clase de privilegios e igualdad de derechos y deberes políticos, especialmente sufragio universal. Tercera, libertad individual o personal, es decir, derecho de expresión, de prensa, de asociación (organizarse en partidos políticos, sindicatos,) de reunión, libertad de cultos o religión, etc. Cuarta, el régimen de mayorías; el verdadero espíritu democrático supone el acatamiento por la minoría de las decisiones de la mayoría, pero la mayoría debe también respetar los derechos democráticos de las minorías. Quinta, el constitucionalismo, es decir el Estado de Derecho, en el cual todos los principios democráticos son garantizados por la ley.

La democracia como forma de gobierno y de vida social tiene una historia compleja y ha presentado caracteres muy distintos en las diversas épocas y pueblos. Tuvo su origen en el occidente, en las antiguas ciudades-Estados de Grecia, debido no sólo al genio del pueblo griego, sino a un conjunto de condiciones particulares que permitieron su aparición. Iniciada en Atenas por Solón, después de vencer al gobierno aristocrático, la democracia fué establecida por Clístenes y alcanzó sus más brillantes frutos con Pericles; sin embargo era limitada, pues los esclavos, que estaban excluidos de ella, eran la mayoría; fué además, fácil presa de la demagogia y no logró evitar la decadencia y la ruina. En la antigua Roma la democracia fué más nominal que efectiva, incluso en la República; las necesidades militares hicieron que los plebeyos lograran derechos políticos, pero el gobierno estuvo siempre en manos de una oligarquía (patricios y Senado) hasta que el Imperio terminó con todo resto de demo-

cracia. Es verdad que Cicerón, Séneca, Cayo, Ulpiano, afirmaron la igualdad humana pero lo hicieron más en un sentido moral que político. El cristianismo representó una profunda revolución con su idea de la fraternidad de todos los hombres como hijos de Dios, pero los primeros directores de la comunidad cristiana, particularmente San Pablo, insistieron en las limitaciones prácticas del nuevo credo: igualdad espiritual pero no legal, y deber de obediencia a la autoridad constituida; este sentido conservador se consolidó en el cristianismo al convertirse en religión oficial; sin embargo, su influencia en el desarrollo futuro del espíritu democrático es incalculable. Las condiciones de la Edad Media crearon elementos de un valor germinal para la democracia moderna, que no siempre han sido debidamente estimados; reflejo de estas condiciones son las ideas de Juan de Salisbury que justifica el tiranicidio (matar al tirano); de Santo Tomás de Aquino que distingue entre el monarca bueno y el malo, y muestra preferencia por la monarquía electiva; de Marsilio de Padua, que afirma ya que el pueblo es la verdadera fuente de la soberanía. Pero fué sobre todo en el desarrollo y auge de las ciudades donde tomó cuerpo la democracia medieval; la creciente riqueza y poder de los burgueses y las concesiones que los reyes, por razones económicas, militares, y de rivalidad con la nobleza, les otorgaron, hicieron que muchas ciudades de Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, España, etc., gozaran de una autonomía más o menos completa, tuvieran un gobierno democrático, aunque basado en los gremios y corporaciones, y no en la libertad individual, y llegasen a tomar parte en los cuerpos representativos de la nación. España tuvo sus Cortes, Francia los Estados Generales, pero fué en Inglaterra donde la democracia adquirió más fuerza; en 1215, los barones, apoyados por el pueblo, impusieron al Rey Juan Sin Tierra la famosa Carta Magna. El siglo XVI, con la revolución geográfica (descubrimiento de América y nuevas rutas de navegación), comercial, y económica, y con la reforma religiosa, creó ya un medio adecuado para que prosperasen las ideas democráticas. En el siglo XVII la Cámara de los Comunes había llegado a ser suficientemente poderosa en Inglaterra para destronar al Rey y gobernar el país; vuelta la Monarquía ya no pudo eliminar el gobierno parlamentario y ministerial. El más amplio resumen de esta gran experien-

cia fué elaborado teóricamente por Locke, que influyó en los pensadores franceses. Los enciclopedistas, Rousseau y Montesquieu, (siglo XVIII) suministraron las armas ideológicas para la gran Revolución Francesa (1789-1794), que derrocó el régimen absolutista de los Borbones, instauró la República, y le dió forma muy democrática, y que en 1776 habían alcanzado su independencia, que desde su fundación se habían regido en forma muy democrática, y que en 1776 habían alcanzado su independencia, formaron los EE. UU. y siguiendo la inspiración francesa se convirtieron en una potencia democrática de primer orden. El ejemplo fué seguido por la mayoría de las naciones hispanoamericanas, que a principios del siglo XIX se independizaron de España y se transformaron en repúblicas pero, la falta de madurez política de sus pueblos hizo que se mantuvieran desunidos y que el desarrollo de la democracia fuese lento, cayendo a menudo muchos de estos países en la dictadura.

La influencia de la Revolución Francesa se hizo sentir en casi toda Europa. A lo largo del siglo XIX el ideal del gobierno popular se propagó por casi todo el mundo civilizado. La Santa Alianza no pudo doblegar al movimiento democrático, al que dieron redobrado impulso el ansia de libertad nacional y el crecimiento progresivo de las masas trabajadoras. La lucha entre el absolutismo y la democracia —pese a que los Monarcas lograron muchas veces recuperar sus tronos, después de la Revolución, incluso en Francia—, terminó en la mayoría de los casos con el triunfo de la democracia. A fines del siglo XIX y principios del XX se inició el movimiento democrático en los territorios coloniales e incluso en los viejos imperios del Japón y China. Con la derrota del Imperio Austro-Húngaro, de Alemania, y de la Rusia Zarista, baluartes que quedaban de la vieja autocracia, a raíz de la primera guerra mundial, la democracia se impuso en Europa de modo definitivo.

En nuestros días la democracia occidental prevalece en Europa, los países nórdicos, EE. UU., y dos o tres países de América Latina (México, Uruguay, Chile, y de vez en cuando algunos otros países, como Brasil, Ecuador, Perú, etc.). En el mundo comunista impera un sistema de estructura totalitaria conocido con el nombre de "democracia popular" y que en el vocabulario marxista se traduce como dictadura del proletariado. En gran

parte de América Latina, del Lejano y Próximo Oriente (Asia y países árabes) y del Africa colonial prevalecen formas dictatoriales de organización. En algunos casos se trata de dictaduras con base popular.

Dictadura.— Forma de gobierno por la cual una o varias personas asumen, sin limitación y de modo absoluto, las funciones de la soberanía, concentrando en sí el ejercicio del Poder Público. Usurpan de esta manera los derechos del pueblo. Esta forma política constituye en la actualidad un sistema despótico por el que la arbitrariedad se erige en norma jurídica, sin intervención de la voluntad de los ciudadanos. Es la antítesis del sistema constitucional y de garantías individuales, propio de los modernos Estados de derecho o democráticos, que fueron ganados como un progreso histórico de magnitud por la Revolución Francesa y en general, por la acción de las clases burguesas en su época de ascenso. El principal aporte de la burguesía en el plano político fué, precisamente, el régimen constitucional y democrático por el cual luchó con el apoyo de los sectores más avanzados del pueblo.

Facismo. Es el nombre general con que se designa la tendencia política que hizo triunfar Mussolini en Italia. Hitler en Alemania, y Franco en España. Para el Facismo los destinos superiores de la sociedad y del hombre se concretan en el Estado. El Estado, a su vez, se coloca al servicio de un mito exaltado como valor supremo, y que en algunos casos es la raza, en otros la gloria nacional, en otros, la religión. (Hitler, Mussolini, Franco, respectivamente). El estado facista absorbe todas las manifestaciones sociales, rechaza la democracia, suprime todas las libertades individuales, profesa una actitud vital de carácter belicista y nacionalista.

El Facismo es totalitario, según el principio que dice: "Nada fuera del Estado; todo dentro del Estado". Prohíbe la lucha de clases y somete bajo su disciplina a capitalistas y a obreros. El Facismo no expresa cabalmente a las clases burguesas, no obstante lo cual, fué como una vanguardia de choque a la cual se abandonó la peor parte de la burguesía por temor al comunismo y a la izquierda. El Facismo se entendió muy bien con los grandes capitalistas.

El Estado fascista, sobre todo en Alemania e Italia, reveló grandes energías y una voluntad realizadora en el Gobierno que se tradujo en progreso material y aún en cierta mejoría de las condiciones sociales de vida. Bajo Hitler todo este impulso estaba dirigido por su afán de hegemonía sobre Europa que lo condujo a precipitar la Segunda guerra mundial y con ella la derrota del fascismo en el mundo.

Feudalismo. Sistema económico, social y político que existió en los países de Europa durante la Edad Media (Siglos VII a XV), caracterizado por el vasallaje y la servidumbre, en los cuales descansaba la estructura del régimen. El feudo era, en su origen, la tierra dada en posesión, pero sólo con derecho al uso y goce de ella (no de propiedad) por el Soberano a un súbdito o señor, que quedaba obligado por esto a prestar determinados servicios al Soberano, en especial, servicios militares. El título del poseedor podía ser revocado por el Soberano, o sea, éste podía quitarle la tierra o feudo. Entre los Señores feudales, según los bienes cedidos y el valor o méritos personales, se fué creando una Jerarquía que fué origen del sistema feudal. Los principales méritos, entonces, eran de orden militar. Los Soberanos concedieron a la Iglesia amplísimos derechos feudales con el fin de lograr su apoyo moral. El poder de la Iglesia aumentó hasta el punto que prevaletió muchas veces sobre el poder del Soberano. La Iglesia, en general, ejerció ese poder en un sentido cultural y pacificador de las costumbres belicistas de la época. En el siglo VIII, el feudalismo ya estaba consolidado. Carlomagno, con sus conquistas, lo extendió a gran parte de Europa. Después los Soberanos se fueron debilitando, lo cual se tradujo en el crecimiento del poder de los Señores feudales.

El orden feudal ha sido representado por una pirámide en cuyo vértice está el Rey o Soberano que no depende de nadie. Del Rey proviene la autoridad que delega en los Señores feudales. Los Señores que estaban más cerca del Rey y que tenían más importancia e influencias, eran los duques, marqueses, condes, barones, obispos y abades. De éstos dependían otros Señores feudales de menor rango; después venían los caballeros y nobles, infinidad de Señores o, menudo sin feudo, sólo distinguibles por el título. La voluntad del Rey bajaba a través de en-

en otros: hasta la base de la pirámide, que se apoyaba sobre la gran multitud de las clases serviles: siervos del cuerpo, dedicados a los oficios domésticos en la casa del Señor, siervos de la gleba, dedicados al cultivo de la tierra, a la que estaban adscritos; colonos y esclavos. Los vínculos que unían al Soberano con los Señores, al Señor Superior con el inferior, al Señor con los siervos, comportaba deberes y derechos recíprocos. El Señor debía proteger a los siervos y no debía abandonarlos. Los siervos debían servir a los Señores y trabajar para ellos.

La nobleza feudal resistió el entonces poder, en ascenso, de la burguesía que se desarrollaba junto con las ciudades y la pequeña industria que empezaba a surgir, y con el comercio. Los feudales, incluso, debilitaron el poder central del Monarca o Soberano. De ahí que los Soberanos buscaran muchas veces el apoyo de los burgueses para consolidar el poder central. Así surgieron las llamadas Monarquías absolutas y las modernas naciones europeas en forma de Estados organizados. Los comerciantes y productores querían un poder central fuerte que estableciera el orden contra la anarquía feudal y los abusos de los Señores. Las Monarquías absolutas se mantuvieron hasta la Revolución Francesa.

Imperialismo. Es la tendencia a la expansión territorial y a las diversas formas de tutela o dominio ejercido por peñas, razas, o círculos de poder, sobre pueblos y bienes ajenos, sitúados más allá de sus fronteras. El hecho se manifiesta desde los primeros siglos de la historia, pero reviste formas diversas y no responde siempre a las mismas causas. No son, en efecto, las mismas causas las que empujaron a los soldados de Alejandro Magno hacia la India, a los bárbaros del Norte hacia el Sur de Europa, y a los hunos y tártaros hacia occidente. Más similitud y paralelismo hubo en los efectos: los pueblos más incultos no llevaban consigo más que el exterritorio y la destrucción: tal es el caso de los hunos; otros dejaron a su paso huellas de su lengua y costumbres, como los godos y los tártaros; otros, como los griegos y los romanos, fueron portadores de su avanzado bagaje cultural y técnico y llevaron su arte y su lengua al mundo entonces conocido.

No obstante, es todo tanzamiento imperialista muy característico común y en la mayoría de las ocasiones el punto de vista característico lo que los distingue. Así, por ejemplo, el motor de la acción imperialista está en la adquisición de materias primas, o de las tierras más fértiles de que dispone el pueblo sometido; en la voluntad de imperio que conduce a ejercer el predominio político, racial, o económico; en el propósito de obtener materias primas y mercados para la expansión económico-industrial. Del mismo modo, si bien es cierto que siempre algo queda a los pueblos sometidos (se dice que la juventud belga aprendió del hifiteriano a salir en grupo, cantando, en paseos campestres, lo que sin duda es una práctica saludable), la verdad es que la llamada obra "civilizadora" de los imperialismos no pasa de ser un subproducto de su acción fundamental que consiste en: dominar, explotar, imperar, sobre las gentes y los bienes del pueblo sometido. El imperialismo hiere por igual al cuerpo y el espíritu de los pueblos. De ahí que la dignidad nacional ofendida sea, a menudo, el principal incentivo de las luchas contra las potencias imperiales.

A fines del siglo XV, el occidente europeo, junto con la conquista de los océanos, inicia su expansión sobre el mundo. España, Francia, Holanda, Portugal, Bélgica, Inglaterra, primero unos, después otros, construyeron su mundo colonial. El centro y el Sur de América formó parte del Imperio Español. El norte del Indía, aún quedan restos de estos Imperios, aunque ya muy debilitados; en especial, quedan del Imperio Inglés y Francés que aún resisten la presión de los pueblos coloniales por su independencia. A veces esta presión se vuelve violenta, como puede advertirse en los casos más recientes de Indochina, China, Argelia, etc.

El concepto moderno del imperialismo arranca del siglo XIX y se refiere a un hecho, ante todo, económico: la expansión del gran capital monopolista y el "control" de las zonas estratégicas del mundo, como mercados absorbedores de materias primas y consumidoras de manufacturas. Los países donde la industria capitalista tuvo un gran desarrollo, o sea, la Europa occidental y los EE. UU., establecieron con sus respectivas zonas de inter-

dependientes, relaciones de este tipo de imperialismo. La penetración económica que se manifiesta en el control y explotación de las principales riquezas de los países atrasados por el capital imperialista, con sus inevitables derivaciones de subordinación y presiones políticas, ha sido la forma típica en que ha operado el imperialismo norteamericano sobre Latinoamérica, fuera de que en algunos casos, se ha empleado también la intervención militar.

Entre los países socialistas más adelantados, Rusia por ejemplo, y los más atrasados de Europa oriental y en menor grado, China, existe un tipo de relaciones imperialistas, que se manifiesta sobre todo en el plano político y militar. Rusia ejerce un estricto dominio militar e ideológico sobre estos países por medio de los partidos comunistas que detentan el poder dictatorial en todos ellos y de las propias tropas rusas instaladas allí.

Pluralismo. Es una noción tomada de Maritain y que expresa una esclarecedora filosofía democrática frente a los problemas que de una y otra parte se plantean a la democracia moderna. Es sabido que en la sociedad contemporánea conviven hombres que profesan diversas ideologías y creencias. La idea de pluralismo se opone a toda forma de hegemonía de un grupo político o ideológico que pudiera menoscabar o suprimir los derechos de otros grupos, aunque sean minoritarios. El pluralismo afirma, como punto esencial, la igualdad de derechos ciudadanos para todos los integrantes de la comunidad y para las familias sociales, raciales, religiosas, políticas, etc., que ellos forman natural o voluntariamente.

Maritain sostiene: "Hombres que pertenecen a credos y a familias filosóficas o religiosas las más diferentes, pueden y deben colaborar en la tarea común y para el bien común de la comunidad terrestre, siempre que acepten igualmente la carta o los datos fundamentales de una sociedad de hombres libres. Sucede así que hombres de convicciones metafísicas o religiosas diferentes, y aún opuestas —materialistas, idealistas, agnósticos, cristianos y judíos, musulmanes y budistas— pueden converger no en virtud de cierta identidad doctrinal, sino debido a

una similitud analógica de sus principios prácticos, hacia las mismas conclusiones prácticas, y pueden participar en la misma filosofía democrática práctica.

El pluralismo llevado a los hechos significa impulsar el acuerdo, la cooperación, de los diversos grupos ideológicos sobre tareas concretas de bien común, de bien nacional o popular, esto es, la unidad en la acción práctica sin hegemonías ni absorciones, en condiciones de respeto mutuo, y sin perjuicio de sostener las diferencias en el campo de las ideas.

El pluralismo fortalece en el hombre el sentimiento de comunidad, le enseña a colaborar con los demás, lo incorpora a la vida social y le hace sentirse un compañero de sus prójimos. Desde el punto de vista psicológico preserva de las inclinaciones puristas, profundamente anti sociales y que tienden a sustraer al individuo de la vida colectiva o colocarlo sobre ella, lo cual esconde casi siempre un sentimiento de inferioridad negativo para el individuo y para la sociedad.

La concepción pluralista se opone al principio de las filosofías oficiales, o sea, a la disciplina de toda la vida social bajo una verdad impuesta desde arriba (marxista, católica, o lo que sea) y que informa todas las manifestaciones de la cultura y el desarrollo espiritual. En el plano político se opone, a toda forma de totalitarismo. Y en general rechaza las pretensiones hegemónicas y busca siempre la convivencia fundada en el respeto mutuo y las prácticas de cooperación constructiva.

Socialismo: El socialismo moderno surgió en la primera mitad del siglo XIX como reacción contra la explotación sin freno de que era víctima el proletariado, y como intento de solucionar la cuestión social creando una sociedad nueva; los primeros socialistas criticaron aguda y profundamente las contradicciones del capitalismo, pero carentes de un conocimiento científico de la sociedad, y de la economía trazaron planes de tallados de una sociedad ideal, imaginada por ellos de acuerdo con una idea abstracta de justicia y creyeron posible realizarla apelando a la razón, al sentimiento moral y a la generosidad.

dad de los propios burgueses; por esto a sus doctrinas y ensayos se les ha denominado socialismo utópico, es decir, visionario, irreal; aunque había en él atisbos geniales que anticipaban ideas del socialismo llamado científico que vino después. Según Lenin, el socialismo utópico "no sabía explicar la existencia de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, ni descubrir las leyes de su desarrollo, ni encontrar aquella fuerza social capaz de crear la nueva sociedad".

Las escuelas principales de socialismo utópico fueron: el sansimonismo (Conde de Saint-Simon, Enfantin, Bazard); el fourierismo (Fourier, Considérant) y la del inglés R. Owen, y G. Thompson. Otros socialistas utópicos dignos de mencionarse son Cabet, Weitling y Marlo. La revolución europea de 1848 constituyó el punto crucial de la transición a una nueva etapa del socialismo.

En la preparación de esta nueva etapa le cupo un papel a Blanqui, Luis Blanc, Proudhon, y otros, pero quienes dieron forma definitiva al llamado socialismo científico como cuerpo doctrinal y movimiento político de masas, fueron Carlos Marx y Federico Engels. El socialismo de Marx y Engels no consiste ya en un régimen económico social inventado, ni en experimentos particulares (como las comunidades de Owen); se basa en el estudio de los hechos sociales y económicos, en el análisis de la realidad histórica, y llega a la conclusión de que el socialismo se halla contenido como un embrión en el seno mismo de la sociedad capitalista, que se desarrollará necesariamente, y que emergerá como un resultado natural del capitalismo cuando éste haga crisis. De lo que se trata entonces es de organizar al pueblo y precipitar el proceso histórico. Desde entonces el movimiento socialista toma un carácter proletario, de lucha de clases, dirigido hacia la conquista del poder por los trabajadores.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX, la orientación marxista ejerce un predominio e influencia sin par en el desarrollo, rápido y poderoso, del socialismo. Surgen partidos socialistas que llegan a contar con importantes minorías en los parlamentos europeos. Los propios triunfos de este

movimiento, la sensible elevación del nivel de vida de los obreros y la estabilización de la democracia burguesa contribuyeron a que desde fines del siglo XIX, tomara el socialismo, en su mayor parte, un carácter más o menos reformista. Eduardo Bernstein dió con su revisionismo una base teórica al reformismo marxista, combatido por los ortodoxos y los revolucionarios. La tendencia reformista llevó a sus partidarios a colaborar con partidos y gobiernos burgueses y apoyar la política de sus respectivas naciones en la primera Guerra Mundial, lo que produjo una división en las filas del socialismo que derivó en la formación de partidos comunistas y de una nueva internacional formada por ellos: la tercera internacional.

En Gran Bretaña, de acuerdo con la tradición e idiosincracia del pueblo inglés y con las circunstancias de su situación insular y su imperio económico, el movimiento socialista tomó la forma especial de laborismo. El laborismo se desarrolló también en Australia y Nueva Zelandia, e influyó en la orientación de los partidos de otras naciones. Los laboristas han gobernado en aquellos tres países, extendiendo y mejorando la legislación obrera, y en Gran Bretaña, incluso nacionalizaron la banca y algunas grandes industrias. Pero en ningún caso han alterado la estructura del sistema capitalista.

En Rusia, las condiciones particulares del país facilitaron el triunfo del bolchevismo, que tomó el poder en 1917. En Alemania el partido social-demócrata (socialista) fué elevado al poder por la revolución de 1918 y jugó un papel de gran importancia en los años siguientes hasta la dictadura de Hitler. También la República Austriaca fué gobernada en su principio por los socialdemócratas y hoy tiene gran influencia en el gobierno. El movimiento socialista fué derrotado y proscrito en Italia por el fascismo, pero llegó a gobernar y mantiene su influencia en Suecia, Dinamarca y Noruega. En Bélgica y Francia se transformó en una fuerza de primer orden (y aún lo es), y constituyó un factor capital de la República española.

Después de la segunda guerra mundial, las posibilidades del socialismo en su conjunto ha sido notablemente reforza

das. Con su crítica del capitalismo y su lucha contra este sistema, el socialismo ha influido decididamente en la creación y desarrollo de la política social y el intervencionismo, que caracteriza nuestra época.

Aunque no todos los partidos socialistas en el mundo siguen la misma política, puede decirse que, en general, su objetivo final viene a ser una democracia sin clases y una economía colectivista. En cuanto, a sus métodos de lucha tienen un carácter más moderado y de mayor adaptación a las normas parlamentarias. En el Gobierno son marcadamente reformistas.

Para completar esta materia señalaremos, sin pronunciarnos sobre ellas, las críticas que más frecuentemente se formulan contra los sistemas de inclinación socialista: a) que es contrario a los impulsos egoístas propios de la naturaleza humana; b) que impone al Estado una tarea superior a sus fuerzas; c) que los trabajadores no están capacitados para la dirección de la economía y la sociedad; d) que implica una burocracia enorme, con todas las funestas consecuencias que esto significa (gastos excesivos, lentitud en la gestión de los asuntos, despilfarro, irresponsabilidad, etc); e) que se corre el grave riesgo de que no se conserve ni aumente el capital social, pues las masas tienden a reducir al mínimo el ahorro necesario para ello y los gobiernos casi nunca quieren, saben, ni pueden ahorrar; f) que anula el estímulo poderoso y tenaz que significa para la iniciativa; g) suprime la libertad de trabajo y permite suprimir toda libertad individual al convertir al Estado en patrono único, dotado, por tanto, de un poder decisivo y sin contrapeso; h) que para ser eficaz necesita realizarse dentro del marco de un rígido totalitarismo que acaba con todos los derechos democráticos.

Imp. YASUMI Hon. Gen. Nishida GSO. S. 19.